

Por tierras rusas

Por Leopoldo Daniel LÓPEZ ZEA

Por las tierras de Immanuel Kant

EN ESTE PUENTE RUSO (12-15 junio, 2003) me agregué a conocida palomilla de gente rusa de habla inglesa y castellana, para visitar la Rusia Blanca o Bielorrusia. Tras 8 o 10 horas de tren en viaje nocturno, vagón de comodidad tipo “ploshtcart” (entiéndase sentado, en tercera clase), llegamos a la bella pero gris ciudad capital Minsk, donde anduvimos a pie todo el día, y a ratos en taxi por las afueras de la ciudad contemplando el panorama boscoso y la arquitectura típica rupestre, donde me acorraló una manadilla de perros molestos que ladraban y mostraban su dentadura, de quienes me libró la dueña de la cabaña cuando salió a calmar a sus mascotas.

Al caer la noche tomé tren con dirección al enclave ruso de Kaliningrado, situado entre Polonia y las repúblicas bálticas viaje separado de la palomilla en tren bielorruso, pues el tren ruso en el que montaron los camaradas moscovitas ya estaba lleno, ya que en él evitaban dificultades migratorias para cruzar Lituania procedentes de Moscú o de San Petersburgo. Las repúblicas bálticas, que pronto ingresarán a la Unión Europea, desean ejercer su soberanía migratoria de manera efectiva, razón por la cual exigen visas a los rusos para transitar por tierra entre Rusia continental y el enclave ruso de Kaliningrado (el cual hasta la segunda Guerra Mundial se disputaban polacos y alemanes, y se llamaba Prusia Oriental, y su capital Königsberg, y que fue capturado por el ejército ruso en abril de 1945 en su marcha hacia Berlín).

Llegando a la frontera para salir de Bielorrusia me quisieron bajar del tren los *migras* bielorrusos por aquello de que mi pasaporte carecía de visado de entrada —cabe señalar que entre Rusia y Bielorrusia no hay controles migratorios, razón por la cual nadie me pidió mi pasaporte. En corto, me dijeron “agarre sus maletas y bájese” (yo sólo traía una mochililla y una chamarra excelente que compré en Moscú por 15 dólares). Es decir, querían una *feria*, pero me hice *pato*, y no les di nada, ni siquiera un rublo belaruso, que vale 60 veces menos que un rublo ruso, 180 veces menos que un peso mexicano, y 1800 veces menos que un dólar gabacho, monedas “minskianas” (o sea, respaldadas por el gobierno central de Minsk), que se parecen algo a la billetiza con

que se juega el divertimento de tablero llamado “Turista” (con billetes emitidos por el “Banco De Mi Ilusión”). Sólo les dije que podría crearse “una situación internacional” si me bajaban del tren a medianoche, en pueblo fronterizo sumido en la oscuridad, y me obligaban a regresar a Minsk en taxi como ellos querían, “a que me sellaran allá el pasaporte”, para lo cual me habían preguntado si tenía muchos dólares para pagar por el transporte o si tenía tarjeta de crédito. Luego de meditar un poco, tuvieron la amabilidad de permitirme seguir en el tren para cruzar al otro lado de la frontera, donde revisaron mis documentos los lituanos.

Estos lituanos me trataron con cordialidad y así cruzar Lituania de noche, y a la salida otra vez revisión de documentos, y el mismo cuento para entrar al territorio ruso de Kaliningrado, donde los migras fueron menos amables que los lituanos pero más cálidos que los bielorrusos. Llegado a la estación del tren aguardé una hora al tren de Moscú en el que la palomilla había montado en Minsk, y una vez reunidos emprendimos un paseo por la ciudad todo el día. Visitamos la catedral alemana, que tiene metales pintados de ventana pues no hay dinero para cristales, y está rodeada de un gigantesco parque donde antes hubo una bulliciosa ciudad que fue arrasada por los bombardeos angloestadounidenses y la artillería rusa en la segunda Guerra Mundial. Dicho parque está dominado por un edificio grotesco, abandonado poco antes de que terminara su construcción, y que un “excéntrico occidental” adquirió para vivir en el *penthouse*, donde tiene diversas antenas y creo que helipuerto, pero el resto del edificio como de veinte pisos está vacío. Creo que es la estructura más representativa de Kaliningrado, es decir, de lo tipo kafkiano, mientras que la catedral representa a la ciudad (visitada por muchos turistas alemanes y polacos). Al lado de la catedral está la tumba del filósofo Kant.

En otro orden de ideas, en las calles y avenidas casi no hay coches de fabricación rusa (Ladas, Volgas, Gaz, Waz), sino que está lleno de vehículos alemanes de segunda mano, como de los años 1970-1990, que compran en el extranjero y como Kaliningrado goza de un régimen especial libre de aduanas, quienes viven allí se van afuera a comprar coches usados, que salen más baratos que importar autos económicos rusos —que además son técnicamente menos buenos. Luego tomamos un camión a un pueblo costero que da al Mar Báltico, y que solía ser lugar de recuperación y esparcimiento para los militares alemanes y soviéticos en sus respectivas épocas de dominación, pero ahora es más bien lugar turístico y muchos “nuevos rusos” han comprado allí sus “dachas” o casas de campo. Así pues, al caer la noche fuimos a caminar a la playa a mojar nos los pies en las aguas frías del Báltico,

caminamos un rato por la costa, y luego monte arriba por un camino por el que dimos en una cantina, bastante vacía, donde tomamos algunos tragos y botanas; luego nos fuimos a caminar por la villa, sumida en la oscuridad, hasta que fuimos a parar al descampado, caminando por pastizales, y llevando un tablón de madera por si acaso salían a mordernos los perros bravos. Como ya estábamos lejos y cansados, y estaba tan oscuro que habíamos perdido el camino, quisimos hacer auto-stop pero ningún carro quiso detenerse, sólo un taxi después de mucho caminar por la carretera, en el cual cupimos todos como sardinas.

Al día siguiente tomamos un camión a un pueblo costero, el “pueblo de los pescadores”, situado en una franja de tierra muy extensa y angosta, entre el Mar Báltico y un gran lago del otro lado, y muy cerca escalamos una elevada torre de metal sobre el “monte del difunto Sr. Muller” (que fue un explorador o algo así) desde donde se contemplan ambas playas, en medio de un viento muy fuerte, tras lo cual bebimos vino tinto sentados en un árbol seco, pues en la arena había muchas hormigas. Así, en el pueblo de los pescadores comimos anguila y pescado frito y cerveza también. Así pues, tomamos un camión de regreso a Kaliningrado y tras tres cuartos de hora de viaje parados (pues iba repleto), estuvimos de vuelta en la ciudad principal por la noche. Sin parar en hotel, motel, pensión o anexas, caminamos bajo las luces de la vetusta ciudad toda la noche salvo por un descanso en un billar de la ciudad, pues a la *diskoteka* a la que quisimos entrar y que se supone es de las mejorcitas de por allí no nos dejaron ingresar por eso de la apariencia que es propia de los viajeros mochileros. Así al amanecer reanudamos la caminata: vimos los fuertes y las murallas cubiertas de tierra y con *bunkers* al centro que defendieron la ciudad hasta su rendición en 1945, por las partes centrales y paseamos en *elektishka* o seatrolebús en riel, cuya conductora parecía una resurrecta del otro mundo, pues vestía toda de tela holgada y blanca, con maquillaje sumamente blanco, y su cabina decorada como un féretro, y diciendo al micrófono las paradas con voz mortecina, parecía que nos conducía en trolebús al cementerio y, curiosamente, los amortiguadores del trenecillo estaban tan tensos que cada vez que frenaba, temblaba para arriba y para abajo como si estuviera *hochizado*. Finalmente, previendo que muy posiblemente me encontraría en dificultades para volver a Rusia por tren, debido a que los trenes que salen de Kaliningrado están siendo desviados hacia Bielorrusia para que no tengan que pasar por las repúblicas bálticas y así los rusos no tengan dificultades *fronterizas* yo tuve que elegir entre regresar por transbordador marítimo a San Petersburgo en viaje de dos días (lo que implicaba

faltar a mi chamba) y de allí por tren a Moscú, o ir por tren a Letonia —pues no tengo dificultad con las visas de los bálticos— y de allí a Moscú, o simplemente tomar un avión directo a la capital rusa. Elegí la última opción, y así en Aeroflot me tomó dos horas de trayecto, ahorrándome 20 horas de viaje en tren. Una vez en la capital, tomé el camión a la estación de metro más cercana, y de allí pasé a visitar a la novia, donde tomé una ducha caliente (pues en el edificio donde habito suspendieron el agua caliente por un mes, como hacen todos los años, para lavar los tinacos —extraña costumbre rusa, pues un tinaco se puede lavar en un fin de semana, pero el reglamento dice que debe demorar hasta 20 días y así, cumplen el reglamento de manera ciega.

Misión Estalingrado

CON un mapa cartográfico de las estepas que rodean el frente de batalla, los matorrales de Estalingrado y los ríos que cercamos, y una carta detallada sobre la ciudad, barrios, edificaciones y puntos relevantes, que muestra los movimientos de tropas entre septiembre y noviembre de 1942 (azules para alemanes y rojo para rusos), emprendí mi ingreso a dicha ciudad, en compañía de un buen amigo. Tras 20 horas de tren desde Moscú, bajé por la estación central Kosmos, donde nos aguardaban sus colegas, con quienes pasamos a recorrer la villa en auto, y luego en camión y en tranvía. Curiosamente es la única ciudad cuyo tranvía se convierte en metro a lo largo de tres estaciones, eso fue para proteger el punto de carga y descarga durante la guerra. Así que ahora se mira como una estación miniatura, pero funcionando. Frente al panorama y museo se halla el río Volga, donde cientos de embarcaciones transportaban refuerzos rusos al frente de batalla en 1942-1943. En el museo está el rifle del francotirador Vasili Zaitzev, quien mató a distancia y a sangre fría a muchos de sus enemigos (la abuela y yo también— ya leyó la novela que sacaron sobre la película *El enemigo a las puertas*).

Subimos a un promontorio en el que se libró una feroz batalla, pues si los rusos se hubieron rendido, la colina habría pasado a manos de los alemanes, quienes habrían colocado su artillería pesada en ese lugar para desmembrar a la artillería rusa situada otro lado del Volga. En la actualidad está colocada una flama eterna dentro de la montaña, y en la cima una mujer gigantesca llamada “Mama Kurgan”, tan grande como la Estatua de la Libertad, pero más imponente y con una espada de largo alcance. En los lugares donde tuvieron cruentos combates apenas

queda una casa en pie que refleja la devastación de la guerra, toda sin techo y llena de agujeros de bala y de cañones de tanque. Casi la mayoría fueron demolidas posteriormente para construir nuevas. Sin embargo, en el centro de la ciudad se halla un centro comercial que por azares del destino salió no tan mal librado de las oleadas de los bombardeos alemanes y de la artillería rusa, en cuyo sótano se estableció el centro general de comando alemán, encabezado por el mariscal Von Paulus del sexto ejército, quien al agotársele las municiones decidió rendirse junto con todo su estado mayor y de esa puerta del centro comercial salieron soldados de ropajes grises con las manos detrás de la nuca, dando fin a la más sangrienta y quizá la más decisiva batalla de la segunda Guerra Mundial. Diversas estimaciones coinciden que alrededor de 1.2 millones de soldados y milicianos rusos murieron en la ciudad, mientras que 800 mil alemanes perdieron la vida, y alrededor de 100 mil moradores también murieron porque Stalin no los quiso evacuar. Las más duras batallas callejeras, cuerpo a cuerpo, ocurrieron en Mama Kurgan, en la conquista de la fábrica acerera Octubre Rojo, y en la renombrada fábrica de tanques, cuyos técnicos hombres y mujeres seguían reparando tanques y produciendo partes de repuesto a pesar de los focos de combate y gruesos tiroteos al interior de la planta. La ciudad tiene encendidos dos espectaculares en color rojo y amarillo, por las medallas que Stalin concedió por su valor a los defensores de la villa: una es la estrella dorada, la mejor, y la otra es la orden de Lenin. También hice un paseo pequeño por el Volga, donde tuve oportunidad de conocer una hermosa nativa (y razonable guía).